

PHILIP REEVE

RAIL

EL EXPRESO DE LA LUZ NEGRA

DESTINO



PHILIP REEVE

**RAIL
EL EXPRESO DE
LA LUZ NEGRA
HEAD**

Traducción de Joan Josep Mussarra Roca

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Railhead. Black Light Express*

Publicado por primera vez en inglés en 2016. Esta traducción se publica mediante un acuerdo con Oxford University Press.

© del texto, Philip Reeve, 2016

© de la traducción, Joan Josep Mussarra Roca, 2018

© de la ilustración de cubierta: RM Studio/Shutterstock

Todos los derechos reservados

© Editorial Planeta S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19351-7

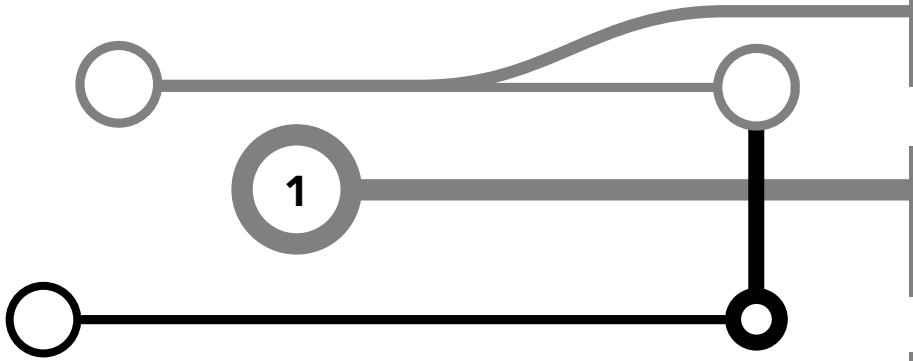
Depósito legal: B. 16.537-20

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Habían pasado tan solo unos minutos desde la aparición del túnel. Sus paredes todavía humeaban, y en algunos lugares refulgían, como si lo hubiese perforado un objeto a una temperatura extraordinariamente elevada. En el suelo había dos vías gemelas que se adentraban hasta un kilómetro en el interior de la montaña, donde el túnel se interrumpía frente a un muro de roca desnuda. Allí había algo pegado a las paredes y al techo. Era un arco, hecho con una sustancia que recordaba un poco al hueso, pero que en realidad no se parecía a nada.

El arco empezó a refulgir. La luz no tenía color, ni parecía que saliera de ninguna fuente. Cubría el arco por completo, como una cortina agitada por un leve temblor. Una brisa soplaba a través de él y arrastraba olores que se mezclaban con el del granito chamuscado que emanaban las paredes todavía cálidas del túnel. Eran olores marinos. Una bocanada de aire que llegaba desde otro mundo.

Y de pronto, en ese mismo lugar donde momentos antes no había nada, apareció un tren. Una locomotora antigua y roja que tiraba de tres vagones y que surgió de la nada a través de la cortina de luz, aunque pareciera imposible. La canción del tren y el rugido de los motores resonaron por el túnel. En el primer vagón, un muchacho flaco y moreno llamado Zen Estornino y una chica llamada Nova, que en realidad no era una chica, apretaban la cara contra las ventanillas.

Primero solo vieron las rocas chamuscadas y vítreas de las paredes del túnel que pasaban por su lado. Luego salieron a toda veloci-

dad al exterior. Las paredes habían quedado atrás y el tren avanzaba por una llanura infinita. Distinguieron formas que se cernían sobre ellos, extrañas criaturas de cabezas colosales que se erguían a ambos lados del tren y que asustaron incluso a Nova. Pero entonces la muchacha se dio cuenta de que tan solo eran rocas. Amplias lagunas, como espejos caídos, reflejaban un cielo azul grisáceo, varios soles y un gran número de estrellas que brillaban a la luz del día.

No era la primera vez que Zen y Nova viajaban de un planeta a otro en tren. Procedían del Imperio de la Red. Sus estaciones estaban diseminadas por media galaxia. Los trenes viajaban de un sistema a otro en un abrir y cerrar de ojos por los portales-K. Pero el que acababan de atravesar era nuevo. Nadie sabía de su existencia, y habían pasado por él sin tener idea de adónde los llevaría.

—Un nuevo mundo —aventuró Nova—. Un nuevo planeta, bajo un nuevo sol. Un lugar que tan solo hemos visto nosotros...

—Pero ¡aquí no hay nada! —dijo Zen, medio decepcionado, medio aliviado.

No tenía claro qué era lo que había esperado encontrar. ¿Ciudades mágicas? ¿Torres de luz? ¿Un millón de ángeles estacioneros que les diese la bienvenida con un baile? Lo único que había allí eran lagunas e islas cubiertas de hierba y rocas rojizas que apenas sobresalían del agua, y algún que otro racimo de objetos de colores pálidos, semejantes a banderas, que se erguían en las aguas poco profundas.

El tren habló. La locomotora antigua y roja, la Rosa de Damasco, tenía mente propia, como todas las del Imperio de la Red.

—El aire es respirable —informó—. No detecto comunicaciones de ningún tipo: no me llegan mensajes de ningún sistema de señales, ni de ningún control de tráfico ferroviario...

Nova era una Motorik. Una máquina humanoide. Exploró las distintas longitudes de onda con su mente inalámbrica en busca del Mardedatos de aquel planeta. No encontró nada. Tan solo el ruido blanco, como el de las olas del mar, y el gorjeo sin inteligencia de un cuásar a un millón de años luz de distancia.

—Puede que este planeta no esté habitado —dijo.

—Pero aquí hay raíles —respondió la Rosa de Damasco.

—¿Raíles de verdad? —preguntó Zen—. ¿Normales y corrientes? ¿Con el ancho de vía adecuado y todo?

—Hummm —sopesó el tren—. Una prueba muy sencilla nos lo indicará. ¿Hemos descarrilado? No. Así pues, parece que los raíles están bien. Igual que los de nuestro hogar.

—Pero ¿cuál es su origen?

—El Gusano —afirmó Nova—. El Gusano los está instalando...

El Gusano era la máquina alienígena que había rasgado el tejido de la realidad para dar forma al nuevo portal y había perforado el túnel en el corazón de la montaña. Se alejaba de ella a toda velocidad e iba dejando tras de sí raíles nuevos y relucientes, igual que una araña habría tejido sus hilos. Al cabo de poco, Zen y Nova lo vieron mediante las cámaras de la Rosa. Divisaron una nube de polvo que avanzaba más adelante, a velocidad estable. De vez en cuando, alcanzaban a ver en su interior las púas que se movían de un lado para otro y el chisporroteo incoloro del Gusano, y su gigantesco cuerpo jorobado, como una inmensa lombriz semimecánica, una catedral de biotecnología avanzada que marchaba sobre ruedas y vomitaba vapor y extrañas cuchillas de luz. En el interior del Gusano, y debajo de él, tenían lugar vastos procesos industriales a una velocidad abrumadora. No se trababa tan solo de que plantara los travesaños de cerámica como si hubieran sido huevos y que tendiera sobre ellos los raíles y los sujetara con tornillos. Cada vez que tropezaba con una elevación del terreno, abría un paso o un túnel corto mediante la acción del calor. Y además las vías tenían que asentarse sobre una superficie firme, así que el Gusano también le hacía algo al suelo, lo dejaba más duro y brillante que el terreno que lo rodeaba y lo hacía burbujear con motas de luz aisladas que danzaban durante un rato y luego se desvanecían, y que ya habían desaparecido casi en su totalidad cuando llegaba la Rosa.

—Pierde velocidad —dijo por fin el tren, y disminuyó la marcha a su vez—. Se ha salido de la línea. Se está fabricando una vía muerta para sí mismo...

Pasaron al lado del Gusano a la velocidad de un hombre que camina. El artefacto había perdido su fulgor iridiscente, su movimiento incesante. Parecía que se hubiera quemado. Una montaña negra que se enfriaba como ascuas de carbón. En algún lugar de su interior se hallaba el cadáver de Cuervo, el hombre que lo había construido y que quedaría sepultado en el nuevo mundo.

El sonido de las ruedas cambió.

—¿La vía continúa? —preguntó Zen.

—Veamos —respondió la Rosa de Damasco—. Tendremos que plantearnos una vez más la misma cuestión: ¿hemos descarrilado? Ah, una vez más, la respuesta es no...

—Lo que no entiendo es cómo puede seguir habiendo vías.

El Gusano se había quedado atrás, entre la luz y la bruma que cubrían las lagunas alienígenas, pero en las pantallas de la Rosa se veían raíles que continuaban más adelante, aunque no tan relucientes como los que habían recorrido hasta entonces. Se prolongaban hasta el horizonte, donde la perspectiva los juntaba como si hubieran sido una punta de flecha.

—Estos raíles ya estaban aquí —dijo Nova—. El Gusano ha instalado un trecho para enlazar el nuevo portal con una línea preexistente.

Con un seco golpeteo de alas, un insecto grande salió volando como atontado desde uno de los portaequipajes. Chocó una y otra vez contra el cristal por donde miraba Zen. Parecía ansioso por salir afuera y explorar el nuevo mundo. Un insecto Monje. Zen se estremeció. Durante los últimos tiempos había pasado momentos difíciles y algunos de los peores habían tenido que ver con aquellos bichos. Si se juntaban en número suficiente, emergía una inteligencia colmena, y una de esas lo había atacado en Desdemor. Aquel insecto debía de ser uno de sus miembros, que había sobrevivido. Al faltarle su millón de amigos, se había metido en el tren sin saber lo que hacía.

Nova lo tomó suavemente entre sus dos manos. Zen le dijo que debía matarlo, pero la muchacha dijo:

—Qué crueldad. Pobrecito. Lo dejaremos salir cuando encontremos un sitio donde pueda estar bien...

Y fue en busca de una caja para meter dentro el bicho.

Cuervo había pertrechado los tres vagones del tren. Zen y Nova aún no habían tenido tiempo de explorarlos. El primero era un antiguo y majestuoso vagón de Estado que en otro tiempo había alojado a dignatarios, con dormitorio y baño en el piso de arriba, varias salas en el de abajo y una pequeña enfermería al final. El segundo vagón era un coche restaurante. Los frigoríficos estaban repletos de comida. En el último había equipamiento que Cuervo debía de considerar necesario: una impresora industrial en 3D, una pequeña furgoneta con neumáticos todoterreno, dos compartimentos blindados con bidones de combustible. Había un armario repleto de trajes espaciales, un cargador para las baterías de las linternas y drones libélula. Había estantes llenos de armas de fuego, piquetas y rollos de cuerda, y montones de cajas con otras vituallas.

Una simple ojeada a todo aquello bastó para que Zen sintiera la satisfacción de quien se sabe propietario. Lo había conseguido, se había enriquecido. Como siempre había soñado. Contaba con su propio tren. Solo que no podía enseñárselo a nadie. Los Guardianes, las sabias Inteligencias Artificiales que vigilaban a toda la humanidad, jamás habían querido que nadie abriera un nuevo portal-K. Cuervo había cometido atrocidades para conseguirlo, y Zen y Nova habían sido sus peones. Habían provocado una catástrofe en el tren imperial, y el propio emperador había muerto. No podrían regresar jamás al Imperio de la Red. Zen no podría volver a ver a su madre, ni a su hermana, ni a todas las personas a las que había tenido por amigas. Como si hubiera muerto. El muchacho pasó las yemas de los dedos sobre la lisa superficie de los armarios de maderaviva de Cuervo y sintió la primera punzada de añoranza.

Abrió unas cajas de plástico, sacó unos paquetes con raciones de emergencia de la Fuerza Ferroviaria y volvió con ellos al vagón de Estado. Nova seguía en el mismo lugar. Se oían los crujidos y el golpeo de alas de insecto entre sus manos. La muchacha tenía la cabeza ladeada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zen.

—Voces —dijo la chica—. En torno a los setenta y cinco kilohercios. Unas transmisiones de ratio muy primitivas. Creo que son voces...

Entonces intervino la Rosa de Damasco.

—Yo también las oigo. Y parece que más adelante hay una estación.

El tren abrió una holopantalla y les enseñó las vistas que capturaba con una cámara frontal. Una colina baja se erguía entre las lagunas espejo. La línea férrea se dirigía hacia ella, y Zen descubrió otras vías que atravesaban las lagunas sobre terraplenes de poca altura y convergían en el mismo lugar. Una de las líneas pasaba por un puente largo y blanco que parecía una raspa de pescado. Al pie de la colina había otras formas blancas. Quizá fueran árboles, tal vez edificios. Y en lo más alto había edificaciones más grandes. Sus extraños ángulos brillaban.

—Cuervo tenía razón —exclamó Nova en voz baja. Usar el pretérito en lugar del presente en esa oración era más extraño que cualquier circunstancia que se pudiese encontrar en este nuevo planeta.

Los Motorik carecían de progenitores, pero la muchacha estaba convencida de que sus sentimientos por Cuervo debían de parecerse a lo que un humano sentiría por su padre, si este fuera brillante, reservado y más bien peligroso. No podía decirse que lo hubiera amado, pero tampoco se había imaginado nunca que pudiese llegar a vivir más que él. Nova deseó que Cuervo hubiera podido ver todo aquello.

El insecto, impaciente, aleteaba entre sus manos. Zen acercó la caja y trató de no mirar cuando la muchacha metió dentro al bicho. La estación a la que se acercaban le inspiraba malos presentimientos. Los ángeles estacioneros, las misteriosas formas de luz que aparecían en ocasiones cerca de los portales-K del Imperio y que le habían contado a Cuervo lo que tenía que hacer para abrir aquel nuevo portal, también tenían algo de insecto. Parecían gigantescas mantis de luz. Quizá los encontrarían en aquel lugar, a punto para dar la bienvenida a la Rosa de Damasco. Pero Cuervo le había dicho que no eran más que proyecciones... Entonces ¿qué pasaría si los ángeles estacioneros de verdad eran bichos gigantescos? ¿Insectos grandes como los columpios de un parque infantil?

Nova se había guardado la caja en el bolsillo de la chaqueta. Estaba de pie junto a la ventana y miraba al exterior. Zen se acercó a ella. La muchacha no apartaba los ojos de las imágenes que iban pasando por fuera, pero su mano encontró la de Zen y el muchacho entrelazó sus dedos con los de la chica. En Tristesse, en las horas de desesperación que habían precedido a la apertura del nuevo portal, Zen le había confesado que la amaba, y se habían besado. El joven ya no tenía claro lo que sentía. El deseo de besar a una Motorik era raro. Probablemente fuese igual de extraño que una Moto quisiera besar a un humano, y Zen se preguntó si Nova querría hacerlo de nuevo. El muchacho siempre había ocultado sus emociones. Incluso a sí mismo. Se había criado en lugares en los que nunca se puede expresar cariño, porque los demás tratarán de quitarte lo que amas, o lo destruirán tan solo para hacerte daño. Sus sentimientos por Nova casi lo asustaban. Pero se alegraba mucho de que la chica estuviera con él.

Vio al otro lado de la ventana unos árboles alargados y pálidos, con hojas en forma de plato que se agitaban bajo la brisa, y más allá... ¿edificios?, ¿personas? Aparte de los árboles, no había ninguna otra cosa que se pareciera a nada de lo que Zen había visto en su vida. Y entonces divisó una forma alargada que se desplazaba...

—¿Eso es un tren?

—Es un Gusano —respondió Nova.

—No exactamente —corrigió la Rosa de Damasco—. Es más pequeño y más sencillo.

Compartía el aspecto de criatura medio artificial medio natural del Gusano de Cuervo. Un caparazón plateado cubierto de largas púas que se mecían de un lado para otro, como si tantearan el aire. En sus costados había unas marcas que parecían siluetas de caracolas, y su base consistía en una placa ósea que se movía sobre ruedas de metal. Tiraba de una hilera de vagones. Nova entreabrió la ventana y entonces oyeron un grito profundo, desafinado, discordante.

—¿Es una canción de tren? —preguntó Zen.

—Sí —dijo la Rosa, con un tono condescendiente—, no es muy buena.

No obstante, respondió con su propia canción, y entonces el tren alienígena frenó para dejarlos pasar. La Rosa se detuvo al lado de algo que tan solo podía ser el andén de una estación, construido con una sola pieza de cristal antiguo. Las gentes de aquel planeta se amontonaban sobre su superficie escarchada y contemplaban con curiosidad a la Rosa de Damasco. Sus voces se filtraban por la ventana, sus graznidos y sus trinos, como las voces de los pájaros, como una jungla a la hora del alba. Nova frunció el ceño y puso en marcha el programa de traducción.

—Hay alguien que me masculla no sé qué por un canal muy turbio —anunció la Rosa de Damasco con remilgo—. No tengo ni idea de lo que quieren.

—Seguro que les hemos trastocado el horario —dijo Zen nervioso—. Si estaban a la espera del próximo tren para el Planeta X, debe de haberlos molestado nuestra aparición.

El andén se llenaba con rapidez. No había nadie que pareciese humano, ni siquiera humanoide, y las criaturas eran tan increíblemente variadas que Zen pensó que debían de proceder de una docena de planetas distintos, no de uno solo. Había un montón de individuos con aspecto de antílope, ropajes de color añil y máscaras de cristal negro sobre el rostro, y unos tritones gigantescos y transparentes cuyos órganos internos vibraban y se revolvían dentro de sus empañadas entrañas. Una sepia que había aprendido a caminar por tierra resbaló sobre su propia baba hasta el andén y extendió los tentáculos para palpar las ventanas de la Rosa. De no ser porque sentía la mano de Nova en la suya, Zen habría llegado a pensar que aquello era una pesadilla.

Pero entonces Nova se volvió, le sonrió y le dijo:

—¡Bueno, venga! ¡Vamos a presentarnos!

Zen no tuvo tiempo para rogarle que esperara, ni para correr hasta el último vagón y empuñar una de las armas de Cuervo, por si aquella multitud de criaturas trataba de devorarlo. Antes de que pudiese hacerlo, Nova abrió las puertas y salieron, todavía agarrados de la mano, y se sumergieron en el estrépito, los olores y la luz de la estación alienígena.